



JOSÉ LUIS GONZÁLEZ

JOSÉ LUIS GONZÁLEZ

José Luis González es el autor del cuento *En el fondo del caño hay un negrito*, que aparece en esta antología. Nació en Santo Domingo, el 8 de marzo de 1926. Su padre, puertorriqueño, y su madre, dominicana, vinieron a vivir a Puerto Rico cuando González contaba cuatro años de edad. Se graduó en la Escuela Superior Central. Obtuvo el grado de Bachiller en Artes, con especialización en Ciencias Sociales, en la Universidad de Puerto Rico, donde se distinguió como redactor de la página literaria del periódico estudiantil *La Torre*.

Vive en México hace diecinueve años. Se graduó de Maestro en Letras en la Universidad Nacional de ese país donde, actualmente, desempeña cátedras y desde la cual continúa creando su obra literaria.

José Luis González se inicia en la cuentística bajo la orientación del escritor dominicano Juan Bosch y la influencia de los novelistas William Faulkner y Ernesto Hemingway. Desde sus dos primeros libros, *En la sombra* (1943) y *Cinco cuenios de sangre* (premiado por el Instituto de Literatura Puertorriqueña en 1945), se denota en él una aspiración de renovación estilística y técnica. Su prosa se distingue por la falta de retoricismo. Su palabra es sugeridora. Es digno de mencionar el extraordinario poder de síntesis en el relato, lo cual hace intencionalmente para añadir dramatismo a la acción. El mejor ejemplo de ello es su cuento *La carta*, publicado en diferentes antologías.

Publica en 1948 su tercera obra titulada *El hombre en la calle*. En este libro se aparta ya de los asuntos tornados de la ruralía para trasladar el escenario del "hombre en la calle" a la ciudad. Señalan los críticos que es José Luis González quien inicia el tratamiento del tema y ambiente urbanos a la manera contemporánea, actitud esta que habrá de caracterizar gran parte de la literatura de hoy.

En 1950, se edita su novela corta *Paisa*. Señala René Marqués que con esta novela se incorpora a la narrativa puertorriqueña la técnica del monólogo interior y el tema de la angustia del obrero puertorriqueño en Nueva York, aspectos de gran preferencia para los escritores de esa generación.

Reside ya en México cuando publica, en 1954, *En ese lado*, libro de cuentos en el que se introducen algunos relatos, ambiente y personajes de Estados Unidos y del país azteca. Se incluyen, además, otros de ambiente puertorriqueño, como

En el fondo del caño hay un negrito. Este cuento había aparecido publicado ya en Puerto Rico, en la revista *Asomante*, núm. 3 de 1954. En 1958, se traduce al inglés en la Revista *New World Writing*. La versión definitiva del mismo se incluye, además de en esta antología, según información del propio González, en el volumen *La galería y otros cuentos* y en *Veinte cuentos y Paísa*; este último, en vías de publicación.

La Doctora Concha Meléndez señala que ya se ha cumplido la profecía que de este escritor hiciera el poeta Francisco Maros Paoli en el prólogo de *Cinco cuentos de sangre*: José Luis González es hoy uno de los mejores cuentistas de América.

EN EL FONDO DEL CAÑO HAY UN NEGRITO

JOSÉ LUIS GONZÁLEZ

A René Depestre

1

LA primera vez que el negrito Macarín vio al otro negrito en el fondo del caño fue en la mañana del tercer o cuarto día después de la mudanza, cuando llegó gateando hasta la única puerta de la nueva vivienda y se asomó para mirar hacia la quieta superficie del agua allá abajo.

Entonces el padre, que acababa de despertar sobre el montón de sacos vacíos extendidos en el piso, junto a la mujer semidesnuda que aún dormía, le gritó:

—¡Mire... eche p'adentro! ¡Diantre 'e muchacho desinquieta!

Y Macarín, que no había aprendido a entender las palabras, pero sí a obedecer los gritos, gateó otra vez hacia adentro y se quedó silencioso en un rincón, chupándose un dedito porque tenía hambre.

El hombre se incorporó sobre los codos. Miró a la mujer que dormía a su lado y la sacudió flojamente por un brazo. La mujer despertó sobresaltada, mirando al hombre con ojos de susto. El hombre rió. Todas las mañanas era igual: la mujer salía del sueño con aquella expresión de susto que a él le provocaba un regocijo sin maldad. La primera vez que vio aquella expresión en el rostro de su mujer no fue en ocasión de un despertar, sino la noche que se acostaron juntos por primera vez. Quizá por eso a él le hacía gracia verla despabilarse así todas las mañanas.

El hombre se sentó sobre los sacos vacíos.

—Bueno —se dirigió entonces a la mujer— cuele el café.

Ella tardó un poco en contestar:

—Ya no queda.

—¿Ah?

—No queda. Se acabó ayer.

Él empezó a decir: "¿Y por qué no compraste más?", pero se interrumpió cuando vio que en el rostro de su mujer comenzaba a dibujarse aquella otra expresión, aquella mueca que a él no le causaba regocijo y que ella solo hacía cuando él le dirigía preguntas como la que acababa de trancar ahora. La primera vez que vio aquella expresión en el rostro de su mujer fue la noche que regresó a la casa borracho y deseoso de ella, pero la berrachera no lo dejó hacer nada. Tal vez por eso al hombre no le hacía gracia aquella mueca.

—¿Conque se acabó ayer?

—Ajá.

La mujer se puso de pie y empezó a meterse el vestido por la cabeza. El hombre, todavía sentado sobre los sacos vacíos, derrotó su mirada y la fijó durante un rato en los agujeros de su camiseta.

Macarín, cansado ya de la insipidez del dedo, se decidió a llorar. El hombre lo miró y le preguntó a la mujer:

—¿Tampoco hay na pal nene?

—Sí. Conseguí una hojitas de guanábana y le gua hacer un guarapillo horita.

—¿Cuántos días va que no toma leche?

—¿Leche? —la mujer puso un poco de asombro inconsciente en la voz. —No me acuerdo.

El hombre se levantó y se puso los pantalones. Después se allegó a la puerta y miró hacia afuera. Le dijo a la mujer:

—La marea ta alta. Hoy hay que dir en bote.

Luego miró hacia arriba, hacia el puente y la carretera. Automóviles, guaguas y camiones pasaban en un desfile interminable. El hombre observó cómo desde casi todos los vehículos alguien miraba con extrañeza hacia la casucha enclavada en medio de aquel brazo de mar, el "caño", sobre cuyas márgenes pantanosas había ido creciendo hacia años el arrabal. Ese alguien por lo general empezaba a mirar la casucha cuando el automóvil, la guagua o el camión llegaba a la mitad del puente, y después seguía mirando, volviendo gradualmente la cabeza hasta que el

automóvil, la guagua o el camión tomaba la curva allá adelante y se perdía de vista. El hombre se llevó una mano desafiante a la entrepierna y masculló:

—¡Pendejos!

Poco después se metió en el bote y remó hasta la orilla. De la popa del bote a la puerta de la casa había una soga larga que permitía a quien quedara en la casa atraer nuevamente el bote hasta la puerta. De la casa a la orilla había también un puentecito de tablas que se cubría con la marea alta.

Ya en tierra, el hombre caminó hacia la carretera. Se sintió mejor cuando el ruido de los automóviles ahogó el llanto del negrito en la casucha.

2

La segunda vez que el negrito Macarín vio al otro negrito en el fondo del caño fue poco después del mediodía, cuando volvió a gatear hasta la puerta y se asomó y miró hacia abajo. Esta vez el negrito en el fondo del caño le regaló una sonrisa a Macarín. Macarín había sonreído primero y tomó la sonrisa del otro negrito como una respuesta a la suya. Entonces hizo así con la manita, y desde el fondo del caño el otro negrito también hizo así con su manita. Macarín no pudo reprimir la risa, y le pareció que también desde allá abajo llegaba el sonido de otra risa. La madre lo llamó entonces porque el segundo guarapillo de hojas de guanábana ya estaba listo.

Dos mujeres, de las afortunadas que vivían en tierra firme, sobre el fango endurecido de las márgenes del caño, comentaban:

—Hay que velo. Si me lo bieran contaó, biera dicho que era embuste.

—La necesidá, doña. A mí misma, quién me lo biera dicho, que yo diba llegar aquí. Yo que tenía hasta mi tierrita.

—Pues nosotros juimos de los primeros. Casi no bía gente y uno cogía la parte más sequecita. ¿Ve? Pero los que llegan ahora, fíjese, tienen que tirarse al agua, como quien dice. Pero, bueno... y esa gente, ¿de ónde diantre habrán salio?

—A mí me dijeron que por ai por Isla Verde tán orbanisando y han sacao un montón de negros arrimaos. A lo mejor son desos.

—¡Bendito!... ¿Y usted se ha fijao en el negrito, qué mono! La mujer vino ayer a ver si yo tenía unas hojitas de algo pa hacerle un guarapillo, y yo le di unas poquitas de guanábana que me quedaban.

—¡Ay, Virgen, bendito...!

Al atardecer, el hombre estaba cansado. Le dolía la espalda, pero venía palpando las monedas en el fondo del bolsillo, haciéndolas sonar, adivinando con el tacto cuál era un vellón, cuál de diez, cuál una peseta. Bueno, hoy había habido suerte. El blanco que pasó por el muelle a recoger su mercancía de Nueva York. Y el compañero de trabajo que le prestó su carretón toda la tarde porque tuvo que salir corriendo a buscar a la comadrona para su mujer, que estaba echando un pobre más al mundo. Sí, señor. Se va tirando. Mañana será otro día.

Entró en un colmado y compró café y arroz y habichuelas y unas latitas de leche evaporada. Pensó en Macarín y apresuró el paso. Se había venido a pie desde San Juan para ahorrarse los cinco centavos del pasaje.

3

La tercera vez que el negrito Macarín vio al otro negrito en el fondo del caño fue al atardecer, poco antes de que el padre regresara. Esta vez Macarín venía sonriendo antes de asomarse, y le asombró que el otro también se estuviera sonriendo allá abajo. Volvió a hacer así con la manita y el otro volvió a contestar. Entonces Macarín sintió un súbito entusiasmo y un amor indecible por el otro negrito. Y se fue a buscarlo.